

Lun
8
Sep
2014

Evangelio del día

[Vigésimo tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: Natividad de Nuestra Señora (8 de Septiembre)

“Pastoreará con la fuerza del Señor”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Miqueas 5, 1-4a

Esto dice el Señor:

«Y tú, Belén Efratá,
pequeña entre los clanes de Judá,
de ti voy a sacar
al que ha de gobernar Israel;
sus orígenes son de antaño,
de tiempos inmemoriales.

Por eso, los entregará
hasta que dé a luz la que debe dar a luz,
el resto de sus hermanos volverá
junto con los hijos de Israel.
Se mantendrá firme, pastoreará
con la fuerza del Señor,
con el dominio del nombre del Señor, su Dios;
se instalarán, ya que el Señor se hará grande
hasta el confín de la tierra.
Él mismo será la paz».

Salmo de hoy

Salmo 12, 6ab. 6cd R/. Desbordo de gozo con el Señor

Porque yo confío en tu misericordia:
mi alma gozará con tu salvación. R/.

Y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 1, 18-23

La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta:

«Mirad: la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”».

Reflexión del Evangelio de hoy

Pastoreará con la fuerza del Señor

Como en la mayoría de los profetas que la Escritura nos da a conocer, Miqueas da voz al dolor del pueblo que sufre sin remedio el roto de la violencia y corrupción por mor de la opresora injusticia de sus dirigentes. Y en esa voz solidaria, sabe poner el profeta un claro mensaje de esperanza. La vieja profecía de Natán se abre paso en el desolador paisaje de un pueblo en apariencia abandonado de la mano de Dios y de su nada, de sus cenizas, brotará la irrelevante ciudad de Belén, cuna que fue del rey David.

Una nueva participación de Dios en la historia de su pueblo anuncia el profeta y, como siempre, para salvar y restaurar. Dios hace ver que desde la misma entraña de la historia humana, trufada de bondades y de iniquidades, surgirá el nuevo jefe de Israel. Tras el sufrir, emergerá el nítido perfil de un resto que regresará a su mejor patria, es decir, volverá el corazón a Yahvé, y en este humus de debilidad y transparencia, será más que relevante el parto de una madre que nos dará un hijo, pues éste será el nuevo pastor que pastoreará con el vigor del Señor; su destino plasmará en ser el nuevo David y en su zurrón trae paz y justicia, y él mismo será la paz que necesita el pueblo que llora su triste destierro.

La virgen dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel

Dos partes bien marcadas tiene la página evangélica de hoy: la culminación de un proceso histórico plasmado en la genealogía que llega hasta José, de la dinastía de David y esposo de María, y el conato de José de cumplir la Ley para repudiar a María.

A estas alturas de la historia, no necesitamos enfatizar ningún dato para declarar el origen humano que vincula a Jesús de Nazaret con su pueblo y con la historia de todos los humanos. Se puede decir que no es una relación de excelencias humanas, pues no faltan en ella ni pecadores confesos ni mujeres de nacimiento no israelita; el evangelio sabe lo que quiere decir con ello, y es que desde el principio está claro que el Esperado viene a sanar a los enfermos y a ser solidario con la humanidad toda, desigual y pecadora. ¿Caminos desconcertantes los de Dios? Puede, y Jesús nos invita a habituarnos a este estilo del Dios de los hombres que sigue metido en los entresijos de nuestra presente historia con el ropaje de la humildad y transparencia y, que no sin dificultad, camina hacia Cristo.

José, con María, cumplirá las profecías del Viejo Testamento y en esa peculiar forma de experiencia de Dios que es el sueño tendrá la encomienda de dar nombre al hijo que traerá su prometida María. Nombre que marca con letras de amor y vida su misión: Dios salva por la vida y palabra de este Jesús esperado. Y si bien es cierto que la mujer, María, no cuenta en la línea genealógica, con lo que el futuro nacido no podía insertarse en la casa de David, a José se le hace saber que acoja a María y asuma la paternidad legal del niño dándole un nombre. El Hijo de Dios es también ahora el hijo de David. El texto evangélico no dice que el nombre del niño en gestación sea Emmanuel, como lo anunció la profecía, sino Jesús, el Salvador, quizás porque Dios está más que nunca con nosotros cuando salva, bendice y libera, porque es su forma habitual de acompañarnos en la historia.

Día singular para las comunidades que se han aglutinado en torno a María de Nazaret y que hoy la homenajean con diversos y bellos títulos: Gracia, Caridad del Cobre, Fuensanta, Pino, Cinta, Victoria, Covadonga, Soterraña, Coro, Nuria, de la Vega, de San Lorenzo, de la Peña, Meritxell, de los Llanos... sobradas razones para proclamar, con María, las grandezas del Señor.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Natividad de Nuestra Señora

La Iglesia celebra hoy la Natividad de la gloriosa Virgen María, cuya vida incomparable ilumina toda la Iglesia. Natividad de Santa María Virgen, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Judá, del real linaje de David... Llamada apremiante a sumarnos al gozo de la fiesta. Con alma y corazón cantamos la gloria de Cristo en esta sagrada solemnidad de la excesa Madre de Dios, María, a nuestros hermanos de todo el mundo y, siguiendo la liturgia, contemplemos a María brillando en la Iglesia e invitándonos a confiar en su poderosa intercesión ante Dios.

Alegria, confianza, ofrecimiento

Tres sentimientos llenan hoy nuestro corazón: Tres sentimientos que llenan de amor el alma de un creyente al contemplar el nacimiento de María. Fiesta de familia... Hay que acercarse a felicitarla, y... a felicitarnos todos con ella. Es día de regocijo íntimo. Los viejos cristianos de Roma, siguiendo la costumbre de sus hermanos primeros cristianos del Oriente, encendían antorchas, marchaban en procesión presididos por el papa, a la iglesia de Santa María la Mayor, mientras cantaban letanías suplicantes rebosando cariño y amor de hijos.

«Tu natividad, Virgen Madre de Dios, es anuncio de gozo para el universo mundo», canta la Iglesia. Alegría ecuménica, universal. Gozo para la tierra. Nuestra redención alborea. Pronto nacerá el Salvador. Clarea el día. Ha pasado la noche del pecado. Amanece... Una Virgen nace con promesa infalible de redención y vida para el mundo. «Dichosa eres Santa Virgen María y muy digna de alabanza. De ti ha salido el sol de justicia, Cristo nuestro Dios», corearemos con emoción en el aleluya de la misa. Sí, tú eres la aurora que anuncia el sol: Cristo Jesús derrotará nuestra muerte y nos regalará la vida para siempre.

También se alegran los cielos. Con María, la tierra empezó a parecer hermosa a sus moradores. Dios no tenía dónde fijar su mirada. Tinieblas de pecado envolvían al mundo. Pero ahora brilla una estrella luminosa. Es María recién nacida. Un alma enteramente intacta, limpia, inmaculada... Y la mirada de las tres divinas personas se complace por primera vez al mirar la tierra. Momento inefable. Algo insólito. La fragancia de una ofrenda, el sacrificio de un corazón enamorado de Dios, subía por primera vez desde el mundo. Padre, Hijo, Espíritu Santo, con amor indecible, contemplan y miran a esa niña, bendita ya entre todas las mujeres... Y se deleitan y extasián... Me enseñan a mirarla, a quererla, a gozarme de su nacimiento, que me anuncia una vida nueva que nunca pasará. Jesucristo, vida divina, que se encerrará en sus entrañas purísimas para nacer un día en este valle de lágrimas. Al salir de su seno virginal «no marchitó la integridad de su madre, sino que la santificó», proclama la Iglesia en la liturgia de esta fiesta.

El día en que le impusieron el escapulario, decía un militante obrero francés: «No sé cómo explicar la alegría que siento al venme por completo bajo la protección de María». ¡Qué seguridad para un bautizado sentirse por entero bajo el cariño de la Virgen! Nace en ese sacramento para ser hermano de Cristo, Primogénito de una multitud de hermanos (Rom 8, 29), y ser hijo de la Virgen. Es el gozo que sintió Dante al llegar al paraíso y detenerse a contemplar a María. «Vi en ella tanta alegría -escribe- que la derramaba a todos los santos espíritus creados para vivir en esas alturas». La liturgia nos invita a saltar de júbilo. «Se alegre tu Iglesia, Señor, y se goce en la natividad de la Virgen María, que fue para el mundo esperanza y aurora de salvación». (orac. com.).

La Iglesia contempla gozosa a la Virgen

Felicidad y gozo en «olvido deleitoso de sí y de todas cosas» (Juan de la Cruz). ¡Madre querida! Quiero imitarte en el aniversario de tu nacimiento. Nacer para Dios. Vivir sólo para el amor. Me faltan fuerzas para desaparecer, ocultarme en olvido perfecto de gustos, criterios, afectos. Tú me lo alcanzarás. Quiero encontrarme contigo, quiero abrazarte en este día.

La mirada de Dios Padre descansa amorosa en esa niña que acaba de nacer. Enamoraba su corazón de Padre. ¡Le deleita tanto mirarla...! No dejará de hacerlo ni un instante, hasta que se la lleve con él... ¡Le gustaba tanto todo lo que hacía! Escudriñaba, sobre todo, el amor que ardía en su corazón inmaculado. El deseo de agradarle siempre y de complacerle en los más insignificantes detalles...

Ella va a ser esposa y madre del Verbo. Virgen de vírgenes, será para todos modelo de intimidad con Cristo, de fidelidad al esposo querido. «La Iglesia contempla gozosa a la Virgen como purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser», enseña el Vaticano II en la constitución de la Sagrada Liturgia.

La Iglesia pide a Dios en la oración colecta de hoy:

«Concede, Señor, a tus hijos el don de tu gracia. Así, cuantos recibimos las primicias de la salvación por la maternidad de la Virgen María, conseguiremos aumento de paz en la fiesta de su natividad».

Aumento de serenidad que nos haga gozar de intimidad en dulce coloquio con ella y nos haga olvidar lo caduco. El amor hacia ella nos llevará a prescindir de todo. «Tu carta me llegó -escribió San Bernardo a su amigo Guillermo de Saint-Thierry- en la mañana de la Natividad de la Virgen. Pero el amor que siento por ella me absorbió de tal forma, que no me dejó lugar a pensar en otra cosa». Este día glorioso está lleno de María. Y también llena la Virgen la vida de sus hijos.

Tomás Morales, S.J.